

Como citar este artículo: Gavrila, C. C. (2021). Archivos sensibles e historias de vida. Reflexiones sobre la emergencia de las narrativas en primera persona de las mujeres mayores. Dossier. Aportes de las ciencias sociales y los feminismos al envejecimiento y las intervenciones. *Fronteras*, 17 (2), 126-136.

Archivos sensibles e historias de vida. Reflexiones sobre la emergencia de las narrativas en primera persona de las mujeres mayores

Archive of feeling and stories of life. Reflections for the emergence of first-person narratives of older women

Canela Constanza Gavrila¹

<https://orcid.org/0000-0001-7322-5671>

Resumen

El objetivo del siguiente trabajo es presentar una serie de reflexiones acerca de los aportes de la epistemología feminista y queer para la emergencia, la escucha y la escritura de historias de vida relatadas en primera persona por mujeres mayores que han sido participes del proceso de profesionalización del Trabajo Social. Con estas reflexiones se pretende avanzar en posibles estrategias para la construcción de *archivos sensibles* que permitan trastocar los sentidos de lo íntimo y lo privado de las historias particulares a fin de potenciar diálogos, aportes y diferencias con los relatos universalizantes acerca de los “orígenes” profesionales.

Palabras clave: Feminismo- Archivo- Trabajo Social- Mujeres Mayores

Abstract

The aim of the following work is to present a series of reflections about the contributions of feminist and queer epistemology for the emergence, listening and writing of first-person life stories told by older women who have been participants in the process of professionalization of the Social Work. With these reflections, it is intended to advance in possible strategies for the construction of archives of feeling allowing to alter the senses of the intimate and the private of the stories to promote exchanges, contributions and differences with the universalizing stories about the professional “origins”.

Keywords: Feminism- Archive- Social Work- Older Women

¹ Profesora de Historia. Becaria del CONICET, con lugar de trabajo en el Instituto de Estudios en Trabajo Social y Sociedad (IETSyS). Docente en la Facultad de Trabajo Social. Universidad Nacional de La Plata, Argentina.

Introducción

Estas reflexiones parten de mi investigación histórica acerca de la profesionalización del Trabajo Social en la primera mitad del siglo XX, específicamente sobre la creación de la Escuela para Visitadoras de Higiene Social, primer antecedente universitario de la carrera de Trabajo Social, de la Universidad Nacional de La Plata. Si bien desde hace varios años trabajo en esta pesquisa y he realizado una ardua labor de archivos en el que se conjugan recortes periodísticos, planes de estudio, actas de sesiones universitarias, artículos científicos en revistas de medicina, algunas noticias de estudiantes y militantes reformistas, libros sobre economía doméstica, *best seller* de los padres del higienismo en Argentina, intercambios epistolares entre directivos de distintas instituciones de sanidad, recordatorios a médicos fallecidos y otros tantos artefactos escritos donde pude encontrar algunos trazos de cómo era proyectada la asistencia social bajo la dirección de los médicos higienistas, resultaba evidente que los límites de lo decible, en aquel momento, eran sumamente estrechos para narrar la historia del Trabajo Social desde sus propias trabajadoras y usuarios y usuarias de la atención, potenciando en su lugar los relatos de quienes proyectaron la formación.

Para aquel entonces, las visitadoras de higiene social, al igual que otras mujeres que eran parte de profesiones creadas en condición de “auxiliares”, difícilmente tomaban la pluma para encarnar sus palabras. El carácter feminizado y auxiliar de esta disciplina se tradujo en la carencia de archivos sobre las acciones y palabras de las trabajadoras sociales, hecho que refuerza aún hoy su lugar subalterno en el coro de los saberes de Estado (Gavrila, 2018). Los archivos de la institucionalización profesional han estado mayormente plagados por los discursos producidos por médicos varones a cargo de la profesión durante las primeras décadas, y se han constituido por una voluntad de verdad (Foucault, 2008) sobre la intervención social, que ha dado un soporte institucional y de distribución del conocimiento que ejerció un poder de coacción sobre otros discursos, en particular el

de las mujeres que ejercían la profesión (Gavrila, 2017), como también de aquellas que eran usuarias de dichos servicios.

Así, frente al silencio de las mujeres en los archivos del Trabajo Social es que aquí se ensaya una reflexión acerca de cómo favorecer la emergencia de los sentidos negados de las acciones de las mujeres desde su propia voz y sus recuerdos particulares. Se suma a esta batalla política contra la desmemoria el reconocimiento de las mujeres mayores como artífices de estas trayectorias y sujetos de deseo que han configurado, según sus posibilidades coyunturales, historias deseantes, que las constituyen como sujetos históricos particulares, ricos en experiencias a transmitir y enseñar. He aquí otro objetivo político, sumar estas reflexiones a una cruzada mayor, junto con la gerontología feminista, por promover la deconstrucción de imaginarios femeninos colonizados por la matriz capitalista, patriarcal y heteronormativa (Danel & Navarro, 2019).

El feminismo junto con la teoría queer en su cuestionamiento a las relaciones de poder androcéntrica y heterosexistas nos permiten reevaluar la dimensión afectiva de las experiencias y su relevancia para enfrentar los sistemas de conocimientos (Medina Domenech, 2012; Arfuch, 2004), y en este caso, para establecer aportes sensibles a los archivos profesionales donde las experiencias afectivas nos permiten dar cuenta de un acontecer histórico.

El trabajo se estructura en tres apartados. En principio una breve reflexión acerca de los archivos disponibles para el Trabajo Social y la potencialidad de los silencios que allí se guardan. En segunda instancia se presentarán los aportes que realiza la teoría feminista y queer para la construcción de archivos sensibles y arribar así con estos dos apartados al último que es sobre cómo establecer condiciones de posibilidad para la locución y audibilidad de experiencias que han sido solapadas por la voluntad de verdad médica, pero también por los discursos de vergüenza.

1. Afectos, archivos y silencios del Trabajo Social

Indudablemente el año 2020 será recordado como el inicio de la pandemia Covid 19 que dejó al planeta en estado de conmoción e incertidumbre frente al avance de este virus, hasta ese entonces desconocido. La translocación de sentidos que produjo el encierro y la incertidumbre acerca de la posibilidad o no de vuelta a la “normalidad” de nuestras tareas cotidianas y laborales nos llevó a repensar en nuestras condiciones de vida, y a les científicas sociales en particular, nos invitó a reparar en los modos en que estábamos realizando nuestro trabajo y la manera en que resultaría posible continuarlo (Markus 2020).

En mi caso personal, el año 2020 se inició plagado de ilusiones en términos profesionales. Había accedido al primer año de beca para la finalización del doctorado y preveía terminar con una parte muy importante del trabajo de archivo documental necesario para la escritura de mi tesis. Quizás por el “fetichismo del archivo” del que Ruffer nos acusa a los historiadores, o tal vez porque aún tengo esperanzas de encontrar artefactos literarios, incluso de orden institucional, que relaten cómo actuaban las profesionales del Trabajo Social y cómo eran asistidos los y las usuarias de sus servicios. Imaginaba ingresar a hospitales de la ciudad de La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires en Argentina, y poder relevar allí diversos documentos que dieran cuenta de las estrategias de trabajo asumidas hacía más de sesenta años por las trabajadoras del servicio social, esperaba hallar su voz relatada en los archivos institucionales.

Por los años que llevo trabajando con esta investigación no me han quedado dudas de que el proceso de institucionalización profesional iniciado a principios del siglo XX favoreció no sólo la feminización profesional² consolidada en la estructura de la división sexual del trabajo, sino

2 El Trabajo Social se ha caracterizado por ser parte de un conjunto de profesiones feminizadas, como la enfermería, la terapia ocupacional, el magisterio, entre otras, que se designan así por encontrarse vinculadas a las acciones necesarias para el desarrollo del espacio doméstico y la sostenibilidad de la vida cotidiana como por ejemplo la elaboración

que también ha facilitado la invisibilidad de las mujeres, profesionales y /o asistidas en los archivos de la historia del Trabajo Social.

Muestra de ello es que, en los registros de la Escuela para Visitadoras de Higiene Social, como también de la Universidad, es la voz de los médicos varones la que prima y a su vez vertebró los inicios profesionales.³ Así el archivo se torna un límite de lo que pudo ser dicho y escrito en un contexto particular, articulado mediante un conjunto de enunciados que funcionan de un modo específico en el tiempo y espacio en el cual operan. Siguiendo a Foucault (2008) podemos encontrar que este conjunto de enunciados mantiene una serie de regularidades específicas y establece relaciones entre sí que darán coherencia y sentido a este conjunto como un sistema. Pero, como todo artefacto de poder, este es construido en función de la selección de un conjunto

de alimentos, el cuidado de la vestimenta, la contención afectiva y sentimental, entre otras. Este fenómeno de feminización es característico de la edad moderna, cuando, con la consolidación del sistema de producción y reproducción capitalista se robustece el modelo de familia nuclear y proletaria por la cual variados discursos médicos, legales, científicos, morales y políticos tienden a naturalizar la división sexual del trabajo, legitimando la separación entre el hogar y el trabajo, de modo que resultara eficiente a los fines de acumulación capitalista. La feminización es siempre presentada en contraposición con las acciones del mundo masculino, las actividades feminizadas “no merecerían” mayor atención puesto que no generarían bienes intercambiables en el mercado y, por lo tanto, resultan incapaces de alcanzar el estatus de trabajo, por lo que pueden desarrollarse en condiciones de máxima precariedad y polivalencia. Ver: S. Federici y N. Cox. (1975) *Contraatacando desde la cocina*. En: S. Federici, S. (2013) *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y lucha feminista*. Traficantes de sueños. J. Scott. (1993). *La mujer trabajadora en el siglo XX*. En: G. Duby y M. Perrot. *Historia de las mujeres*. V. IX. El siglo XIX. Taurus. pp. 427-461.

3 Recordemos que durante fines del siglo XIX y principios del siglo XX la expansión y la creciente participación de la profesión médica sobre diversos ámbitos políticos y sociales dotará a este cuerpo profesional de autoridad política de manera desigual aislando a las mujeres que también poseían dicho título de determinados espacios de decisión y actuación, como por ejemplo la docencia en las universidades. Ver: K. Ramacciotti y A. Valobra (2015). *Feminización y profesionalización de la enfermería*. En: C. Biernat y K. Ramacciotti (Eds.) *Historia de la salud y la enfermedad*. Bajo la lupa de las ciencias sociales. Biblos. pp. 287-313.

de acontecimientos singulares donde se aísla a otros, en este caso, la voz de las mujeres que ejercerían la profesión como también de quienes eran beneficiarios de los servicios brindados.

Estos archivos se vertebran como una falsa totalidad donde son aislados los errores y peligrosidades que potencialmente alterarían al discurso dominante de la época. Es decir, que no es casual la pérdida y no registro de las voces profesionales, sino que forman parte de una operación por enaltecer el corpus normativo sobre el que se estructuró la profesión.

En contraposición a estos hallazgos, pretendía avanzar en los depósitos institucionales y en las fichas confeccionadas por visitadoras de higiene y asistentes sociales donde relataran su práctica y me dieran indicios de la población con la que trabajaban. Sin embargo, por las medidas de Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio, las bibliotecas y archivos se mantuvieron, incluso hasta hoy octubre del 2021, cerradas al público, sobre todo aquellas que forman parte de hospitales, razón por la cual debí repensar de qué manera continuar mi investigación y rastrear sujetos que hubieran sido partícipes de aquel momento.

Una compañera con mucha trayectoria en el mundo profesional del Trabajo Social me alentó y contactó con Beba, una exprofesora suya que era visitadora graduada en 1949 y una allegada a mi familia me comentó que Cristina, la abuela de sus hijos, había sido una niña abandonada y criada en el Hospital de niños Sor María Ludovica a fines de la década de 1940. Quizás hurgando en los vestigios documentales de alguna institución sanitaria podía haber dado con los nombres de estas mujeres, pero en este caso me llegaron por personas que sabían de su desempeño profesional injusta y magramente reconocido, o incluso que sabían de su secreto de origen, revelado tímidamente hacía poco tiempo. De modo que el acercarme a ellas nos permitiría, a ellas y a mí, en tanto facilitadora de su relato, visibilizar no sólo sus biografías y datos institucionales, sino también sus trayectorias vitales recuperadas en esta etapa de su vida donde se yuxtaponen multiplicidad de tiempos. Antes de avanzar sobre estas cuestiones de la multiplicidad de tiempos, las

trayectorias y los aportes para un archivo sensible, veamos los insumos que nos provee el feminismo y la teoría queer para potenciar sus voces en el orden sensible de la historia.

2. Aportes de la epistemología feminista y queer. Archivos sensibles y auto enunciación

“Me dicen: “Bueno los recuerdos no son historia y tampoco son literatura”. Simplemente son la vida, llena de polvo y sin el retoque limpiador de la mano del artista. Una conversación cualquiera está repleta de materia prima. Son los ladrillos, que están por todas partes. ¡Pero los ladrillos y el templo son cosas distintas! Yo lo veo diferente. Es justo ahí, en la calidez de la voz humana, en el vivo reflejo del pasado, donde se ocultan la alegría original y la invencible tragedia de la existencia. Su caos y su pasión.”

Svetlana Alexievich. La guerra no tiene rostro de mujer.

Desde hace algunos años, sobre todo a partir de la llegada del giro afectivo, el trabajo de los historiadores fue interrogado. Sobre las certezas empíricas y archivísticas en las que se posaba el oficio de narrar y construir pasados, las emociones, afectos y sensibilidades que hicieron y hacen a las trayectorias individuales y colectivas interrumpieron el monocorde sentido de las narrativas para volverse objeto de pesquisa (Medina Domenech, 2012). Esto se constituye en un elemento a tener en consideración para dar cuenta de acontecimientos o procesos históricos (Cvetkovich, 2018) haciendo que veamos no solo el templo sino cada ladrillo que compuso —o quedó aislado— de magnánima construcción. Veamos en este apartado los aportes de la epistemología feminista y queer para la visibilidad y audibilidad de las trayectorias de mujeres mayores como partícipes de la construcción del Trabajo Social.

Peter Burke (2005) reconocido historiador británico dedicado al estudio de la historia cultural desde abajo alertó a sus colegas sobre los riesgos de trabajar sobre un sistema de representaciones de las emociones que resultara fiable y fidedigno para las investigaciones, en tanto las emociones y afectos incluyen vastos sistemas de significación. En este sentido, los *Affect Studies* (estudios de los afectos) proponen una respuesta a esta preocupa-

ción, a través del reconocimiento del sistema de jerarquías que se ha establecido para comprender las divisiones entre mente y cuerpo, razón y emoción que han operado desde fines del siglo XIX. Este fenómeno político, cultural y científico realizó el aislamiento de las emociones y afectividades en tanto podían resultar “peligrosas” al orden de lo privado, y construyó al mismo en contraposición y subordinación del espacio público y político (Losiggio & Macon, 2017, 8).

Sin lugar a duda, el feminismo desde principios del siglo XX⁴ fue uno de los movimientos políticos dedicados a cuestionar la separación entre afectos y razón, en tanto la carencia de derechos cívicos y políticos daba cuenta de la carnadura que asumió esta diferenciación significativa entre los cuerpos. Como señala Macon (2017), esta segregación de lo emocional- afectivo adjudicado al ámbito privado resultó idéntico a la exclusión de las mujeres de la esfera pública.

La larga historia del feminismo y su cuestionamiento a los modos de comprender la sociedad se reactualizaron en la década de 1960 a través de la consigna “lo personal es político” donde se puso de manifiesto en el espacio público como algunos problemas que se presentaban como íntimos o privados, correspondientes a la vida doméstica, no hacían más que reproducir y sostener lógicas de dominación que excedían los límites hogareños y que eran parte de relaciones de poder sobre las que se estructuraban las relaciones sociales familiares (Scott, 1989). Así la consigna “lo personal es político” se transformó en bandera por valerse de la experiencia como estrategia urgente para la enunciación situada e hizo evi-

dente que también “lo emocional es político” en tanto las emociones y afectos conjuran modos específicos de la razón y la política (Medina Domenech, 2012, 165).

En función de estos artilugios binarios (público/ privado - doméstico/público - femenino/ masculino - emociones y afectos/razón) sobre los que se posa el pensamiento occidental me interesa señalar dos aportes importantes del feminismo para mi investigación. En principio, la impugnación a los modos canónicos en que se construye el conocimiento en tanto cuestiona el supuesto carácter progresista de la ciencia que, a contramano del proyecto ilustrado, se construye al servicio de tendencias primordialmente retrógradas, donde muchas de sus explicaciones y tecnologías, modos de definir los problemas de investigación y las formas de conferir significados son no sólo sexistas, sino también racistas y clasistas (Harding, 1993). Pero además, este carácter regresivo opera de manera conjunta con la expulsión y el rechazo a la participación de las mujeres de los ámbitos científicos, cuya estrategia política fue negar su participación en la vida pública, política, científica y ética, imposibilitando la intervención en las comunidades epistémicas de construcción y legitimación del conocimiento, generando como resultado una negación en desmedro del valor cognitivo de atributos como la emoción y la sensibilidad, que como ya hemos dicho han sido adjudicados al ámbito privado y a las mujeres (Mafia, 2007; Lorenzo, 2016).

En segundo lugar, la revalorización que se hace del orden afectivo como así también del orden situado de las experiencias como fundamento y eje del conocimiento posibilita la emergencia de voces y afectos que eran negados. En este sentido, el feminismo además de cuestionar a la ciencia hegemónica propone considerar cómo las emociones afectan al conocimiento, a las maneras en que trabajamos nuestros temas de investigación, como así también las maneras en que relatamos nuestros hallazgos y decidimos develar —o no— las trampas y obstáculos en los que nos involucramos durante una pesquisa. Como diría Medina Domenech:

4 El feminismo de principios del siglo XX es reconocido como feminismo de la primera ola y se caracteriza por el pedido de ciudadanía y el reconocimiento de las mujeres como sujetas de derecho. Entre las principales banderas que abrazó este movimiento se encontraba la defensa de las mujeres obreras y de las mujeres madres, en tanto las primeras se encontraban en una situación de vulnerabilidad y afectación producto de su necesidad de participación en el mercado de trabajo, mientras que las segundas eran quienes debían llevar adelante las tareas de reproducción social y biológica de la nación. Ver: M. Nari (2002) El feminismo frente a la cuestión de la mujer en las primeras décadas del siglo XX. En: J. Suriano. *La cuestión social en la Argentina 1870-1943*. La Colmena. pp. 277-300.

Así, tanto lo que constituye un problema en la vida, como la selección e interpretación de los problemas vitales son procesos donde lo racional es inseparable de lo emocional. Algo parecido podríamos aplicar a nuestro propio trabajo pues las emociones sin duda influyen en la tarea histórica de hacernos preguntas de investigación e incumben a nuestro propio método de trabajo (2012, 166).

Podríamos agregar a lo que planteaba Foucault hace varias décadas sobre los límites de lo decible y memorable para una época que guardan los archivos, que en los mismos también se esconden afectividades y emociones que por diversas razones políticas, además de las ya explicitadas, no fueron incluidas en los registros específicos de la época.

Los silencios orquestados en los archivos, y en particular de la historia del Trabajo Social como así también de las profesiones feminizadas, fueron posibles por cobijar la mudez sobre los afectos y las emociones (como miedo, alegría, abnegación, entre otros) que formaron parte de la experiencia de quienes habitaron y pusieron sus ladrillos al gran templo de la profesión. He aquí que el rescate de las experiencias cobra un lugar destacable, la misma resultó – y resulta – nodal para el feminismo en tanto permitió la emergencia de voces que históricamente no habían sido escuchadas o resultaban desatendidas, por lo cual se han ubicado en un lugar de subalternidad (Bach, 2007; 19-20). A través de la noción de experiencia el feminismo y el campo de estudios queer avanzaron en desestabilizar la centralidad del sujeto universal de la modernidad, es decir, el varón, blanco, burgués y heterosexual, poniendo en jaque los cimientos del conocimiento científico (Dorlin, 2008)

Sin embargo, un problema que esconde el uso de la experiencia sin la astucia crítica es que puede naturalizar categorías que ideológicamente condicionan las estructuras y experiencias del yo (Haraway, 1991) Es decir, podríamos hablar de mujeres, sean jóvenes o mayores y producir multiplicidad de discursos donde se sostenga una posición no deseante de las mujeres o una reafirmación de la condición de cuidadora que

el capitalismo y la heteronorma han dispuesto para ellas y los cuerpos feminizados. Sin embargo, la apuesta por trabajar y reflexionar desde la experiencia pretende desestabilizar tanto al sujeto universal como también al sentido esencialista de mujer. En este sentido, Teresa de Lauretis (1989) propuso pensar la noción de experiencia como un complejo de efectos de significados, hábitos, disposiciones, asociaciones y percepciones que son resultantes de la interacción semiótica del yo y del mundo externo. La constelación resultante de este intercambio es reformada y modificada continuamente para cada sujeto en su compromiso continuo con la realidad social, donde se incluyen las relaciones jerárquicas entre los géneros. Con ello, De Lauretis apuntó a comprender cómo en la experiencia diferencial de los géneros surgen efectos, significados y autorrepresentaciones en los sujetos mediante prácticas socioculturales y discursivas (p.25-26). Siguiendo a la autora, las experiencias de las personas se constituyen en relación con su contexto y en la interseccionalidad de las relaciones de poder, no sólo de género, también por la raza, la clase y la edad.

Estos aportes del feminismo y la teoría queer por enaltecer la experiencia y las afectividades nos permiten acceder a otras superficies del pasado que guardan sensibilidades no registradas en depósitos documentales ni archivos. Es allí donde la palabra y la enunciación se tornan actos vitales para establecer archivos sensibles⁵ que promuevan la inclusión de la dimensión afectiva que no pudo ser asimilada en diversos discursos normativos. A través de la emergencia y puesta en valor de las afecciones y emociones es posible estudiar cómo la experiencia histórica es parte de la experiencia de las sensaciones, de los placeres, de los sentires (Cvetkovich, 2018), y a su vez da cuenta

5 Esta concepción es tomada de Cvetkovich (2018) quien estudia los modos de establecer archivos sensibles que cobijen la dimensión traumática de las culturas gays y lesbianas que han sido aisladas en los relatos de ciudadanía que intentan normalizar las practicas sexo afectivas de este colectivo aislando en estos discursos sentimientos como la ansiedad, la tristeza y desesperación de las trayectorias individuales y colectivas. Ver: A. Cvetkovich. (2018). *Un archivo de sentimientos. Trauma, sexualidad y culturas públicas lesbianas*. Edicions Bellaterra.

de cómo la experiencia afectiva puede ser parte constituyente en la edificación de la profesión.

Veamos a continuación cómo podemos favorecer la construcción de estos archivos desde la escucha de las historias de vida y las entrevistas.

3. Poder decir y poder escuchar

El relato de las experiencias mediante entrevistas que favorecen las narrativas del yo y las historias de vida, han asumido multiplicidad de formas en función de los objetivos que han perseguido dichas enunciaciones. El área de los trabajos de la memoria desplegados en Argentina desde fines de la década de 1990 ha cobrado relevancia para la recuperación de los testimonios e historias de vida de quienes fueron víctimas del terrorismo de Estado. Parte de estas investigaciones han dedicado su atención a la cuestión específica de las mujeres que vivieron dichos acontecimientos traumáticos, mediante esta producción no solo han favorecido la construcción de pruebas y evidencias para los juicios de lesa humanidad que incluso reconocen los efectos de la violencia de género durante el terrorismo de Estado, sino que han dotado al campo de la historia de las mujeres de valiosas herramientas útiles para la recuperación de las memorias subterráneas.

El modo que he privilegiado para acercarme a las entrevistadas fue a través de la recuperación de sus trayectorias vitales con el objetivo de tener una visión panorámica de sus historias de vida. Claro que el período que hace a mi investigación resulta más acotado que los casi noventa años de Beba y los ochenta de Cristina, pero la elección por este instrumento de investigación cualitativa posibilita, a mi entender, el relato del sujeto de nuestro interés en primera persona recupera las vivencias, acontecimientos y recuerdos más destacados de su propia vida guiado a través de una entrevista estructurada o semiestructurada, en función de los objetivos que se persiga.

Mediante las entrevistas y la presentación de las trayectorias de vida de estas mujeres, pretendí no sólo rastrear los datos institucionales acerca de cuándo y dónde nacieron, o cómo ingresaron a la carrera o cuándo la dejaron en el hospital, sino

también poder dar cuenta del diálogo establecido entre la superficie social y el conjunto de posiciones ocupadas simultáneamente en un momento dado por una misma persona, de modo que ello permita ver las múltiples intervenciones que tuvieron como sujetos y los movimientos que realizaron en distintos grupos y tiempos, más allá de su inscripción institucional (Bourdieu, 1997). Es decir, por ejemplo, comprender a Beba no solo como visitadora y asistente social, sino también como una mujer comprometida con el sostenimiento de su familia, con preocupaciones políticas y afectaciones de contextos históricos particulares que indudablemente moldearon su práctica profesional de manera individual y colectiva.

Antes de continuar, quiero señalar algunas cuestiones con relación a la entrevista en tanto allí se establece el punto inicial del trabajo de recuperación de estas memorias que “afectan” a los archivos. En principio, valga destacar que la relación entre entrevistadora/ investigadora y entrevistada implica una relación social donde se ponen en juego una serie de asimetrías, que indudablemente tendrán consecuencias en los registros que realicemos. Bourdieu (1999) nos alerta sobre dos, en principio, una vinculada al capital cultural de carácter lingüístico y simbólico de la entrevistadora, y otra en relación con el lugar de poder de quien realiza las preguntas, en tanto es quien inicia y promueve el diálogo, por ende, favorece —o no— el despliegue de ciertos temas. He aquí que este autor nos propone algo muy interesante y respetuoso para el trabajo con las otras que es identificar y actuar sobre los efectos de estas asimetrías, hacer un trabajo de presentación de quienes somos y con qué deseos u horizontes de investigación nos acercamos a ellas. Ana Copardo (2017) suma a esta cuestión que nuestra presentación animará a que en los primeros intercambios las entrevistadas también devalen cuáles son los objetivos de prestarse al diálogo, hecho que manifiesta la dimensión ética de nuestro compromiso con la investigación, como así también genera condiciones amables con el convite de la propia historia.

A fin de poder entender las lógicas de enunciaci3n y argumentaci3n de las mujeres con quienes

trabajaremos es importante realizar una suerte de cartografía sobre el espacio de relaciones sociales en que construyen sus identidades. Aquí es importante reparar en algunas cuestiones particulares del trabajo con mujeres mayores. Por una parte, hacer de la entrevista una suerte de intervención crítica que nos permita considerar a las adultas mayores como sujetos y no como objeto, tal como sucede en la sociedad “edadista” que vivimos, donde se intenta restar autonomía a los sujetos por considerarlos incapaces de tomar decisiones y realizar ciertas actividades por una edad que excede los límites para la productividad en el mercado capitalista. Es decir, comprenderlas como sujetos implica reconocer sus trayectorias vitales, donde se construyeron los modos de interpretar esta etapa de la vida (Danel 2015). Por otro lado, la imagen de las mujeres mayores sigue siendo limitada al rol de abuela, hecho que encorseta otras posibilidades de habitar la madurez de la vida haciendo que la carga y presión por seguir dando respuesta a la demanda heterocapitalista resulte por demás agobiante y disciplinante, pero además esta única imagen coloca en el lugar del armario los deseos e historias de las mujeres, negando incluso sus trayectorias vitales, como si en esta etapa de su vida perdiera valor el camino que las trajo hasta aquí. Es decir, que nos encontramos con interlocutoras para las cuales el acto de habla de su propia historia guarda una riqueza especial, nutrida de experiencia y reflexión que no anima a una posición crítica a fin de caer en lugares comunes acerca de las “viejas”.

Recuerdo que en la segunda entrevista con Beba me confesó que había quedado muy cansada después del primer encuentro, porque según sus palabras “recordar cansa” y no era para menos, pero frente a mi propuesta de que tuviéramos encuentros de menos tiempo ella me pidió que no fuera así, que a pesar de su cansancio esto la revitalizaba “pensaba que ya no iba a hacer más nada como trabajadora social y mírame”. Claramente, su experiencia abrió estos nuevos cauces de pesquisas y reflexión.

Este espíritu de sabiduría también lo manifestó Cristina, quien luego de meses de insistencia de mi parte finalmente accedió a la entrevista y al

instante en que prendí el grabador me dijo “nena yo quiero hablar porque no me da vergüenza mi historia, me abandonaron, me criaron las monjas en el hospital y después me adoptaron. Ya está, quiero contar todo”. Y ese todo fue un montón, pero seguramente no lo es todo, sin embargo, para mi resultó emocionante. En este caso entendí, en palabras de Cacopardo, que ella también me había prefigurado en mi rol de historiadora/narradora de su trayectoria, la que ocultó durante más de treinta años a su hijo, pero ahora necesitaba decirla y contarla con detalles, para sacarse también la pesada carga que fue tanto silencio. En ninguno de los dos casos pude limitar los encuentros a preguntas sobre el Trabajo Social, la riqueza de sus sentires hizo que estas entrevistas abiertas acerca de sus historias de vida promovieran el desencadenamiento de anécdotas y recuerdos de sus días en el hospital, como visitadora o como internada, sin que necesariamente ello tuviera vinculación con las preguntas que yo realizaba o con las anécdotas anteriormente narradas. He allí la calidez de la voz humana, su caos y su pasión, como nos decía Svetlana Alexievich, esos recuerdos que se hacen ladrillos y que también hacen al templo, hacen a la historia.

El hecho de que hoy, en este tramo de su mayoría de edad decidan hablar de las razones de las desavenencias de su vida profesional o de la marginación que transitaron por su condición de “adoptada” marca la pauta de cierta temporalidad para la enunciación. En este punto son interesantes los aportes de Elizabeth Jelin (2014) quien plantea la importancia de comprender las narrativas personales de rememoración como parte de la inclusión del pasado en la subjetividad del presente, donde se superponen diferentes capas narrativas y temporales que hacen a la subjetividad. Es decir, cómo en la vida cotidiana se intersectan hechos fácticos del pasado con recuerdos de sentimientos de ese momento, superposición que da cuenta de la multiplicidad de temporalidades que hacen al tiempo biográfico (Jelin, 2014, pp.147-148).

Los tiempos que hacen a estos relatos cargan también con las posibilidades de ser contados o no. Jelin considera que hay contextos históricos

que hacen posible la emergencia de ciertos relatos que en otros tiempos y lugares no habrían podido salir a la luz, no solo porque hay un trabajo subjetivo que torna decible aquello que ha sucedido, sino porque también esas palabras pueden ser escuchadas (2014, p. 148). Y aquí no solo pienso en las palabras que me dijo Cristina y compartí anteriormente, sino también en uno de los encuentros con Beba en que me contó lo siguiente:

yo quería seguir medicina, estaba muy entusiasmada por ingresar a medicina. Mi padre, médico antiguo, se levantaba a cualquier hora que lo llamaban, no había emergencias ni nada de lo que hay ahora. Él me decía: Si vos pensás casarte, yo ya estaba noviendo, me dice que no es vida para una mujer. Entonces él me entusiasmó, ahí hay una escuela así y asa. Y bueno, en esa época éramos más obedientes digamos. Empecé para ver que era y después me entusiasmé, pero yo quería ser médica.

Sé que es un pecado técnico atreverme a hacer probabilismo histórico, pero ¿hubiera podido Beba contar esta historia, algo crítica de la estructura familiar patriarcal, hace unas décadas? ¿Alguien hubiera considerado esta deriva profesional motivada por un padre médico como parte de la historia de los agentes que hicieron a la historia del trabajo social? ¿Para este reconocimiento de su obediencia y sujeción a la figura paterna, habrá intervenido la divulgación del feminismo?

No solo son los tiempos políticos y culturales los que habilitan enunciar la trama sutil que hacen a lo personal y a lo colectivo, sino también la posibilidad de que esas palabras se vuelvan transmisibles, que alguien las escuche e intente hacerlas memorables. Es que la entrevista no es sólo un diálogo guiado que habilita la enunciación de la experiencia, la entrevista implica un acto de escucha que mediante la empatía posibilita la comprensión de la otra, dejarnos afectar por esa voz para interpele algo de nosotras (Cacopardo, 2017; Favero y Danel, 2021).

Es que las narrativas del yo y las historias de vida traen experiencias pasadas que no forman parte

interactiva de la cotidianeidad, y hacen que en ese volver a decir, entendiendo el carácter performativo del lenguaje, se vuelva a revivir. Es por esta razón que Arfuch (2013) considera que en las narrativas del yo no solo se juega la historia personal sino también su dimensión terapéutica y ética en cuanto establece un circuito de comunicación restaurado que nos permite escuchar con toda su carga significativa al otro (p. 76). Si bien la autora en su estudio sobre las narrativas testimoniales de la última dictadura sitúa estos rescates con relación a dichas experiencias traumáticas, podríamos entender estas responsabilidades para otras experiencias dolorosas, como por ejemplo el abandono infantil y todo lo que ello acarrea, la vergüenza por la ilegitimidad, el traslado constante de dependencias, los abusos físicos, las ausencias, etcétera.

En este sentido, es importante dar cuenta de las condiciones de audibilidad, comprendiendo el paisaje sonoro en el que se emiten un conjunto de sonidos que serán distinguibles entre sí. Esta idea de paisaje supone un espacio determinado plagado por diversos sonidos, que de acuerdo a las lógicas y sentidos que se otorgan al mismo, permiten entender cómo estos se producen e, incluso, mediante este reparo, nos indican elementos de cambio en un entorno social. Para poder atender a este proceso se propone distinguir cuatro funciones de la escucha: poner atención a los sonidos, oír- percibir, entender lo que se escucha y por último comprender los signos que hacen a ese lenguaje a partir del contexto de enunciación (Cárdenas-Soler & Martínez-Chaparro, 2015).

En esta dimensión ética que implica la escucha es necesario responsabilizarse de la decisión política que asume este acto dialógico de conocer a otra. Rufer (2012) propone establecer estas acciones desde la horizontalidad que no sólo hagan audibles un conjunto de enunciados, sino que también nos reconozcamos como partícipes de la potencia que produce el mismo de manera situada. Así lo plantea el propio autor “Escuchar al otro no es una facultad, una intención ni una capacidad orgánica, tampoco es una práctica ajustada a la teoría de las voces o la etnografía del habla: debe ser una decisión política.” (p.17)

En este sentido el autor reconoce que ese carácter político nace del desacuerdo y de un desequilibrio en el que se acomodan el sentido lógico de la enunciación y el ruido. Pero, además, reconociendo que la entrevista implica una relación de poder de la que debemos ser conscientes, Rufer propone que hagamos de la escucha un registro de la diferencia capaz de reconocer que no hay transparencia en el diálogo y que tanto entrevistadora como entrevistada somos sujetos previamente prefigurados, por lo que deberíamos identificar la hibridez de la historia de la entrevistada y su dimensión política, evitando cualquier tipo de domesticación bajo el formato académico que invisibilice su potencial y omita las condiciones de producción, a fin de ser capaces de asumir un acto de horizontalidad frente al proceso investigación y escritura (Rufer, 2012; 19).

Estas cuestiones nos permiten pensar que los límites de los archivos no solo han dependido de las posibilidades de decir y articular discursos, como planteaba Foucault, sino también de la incapacidad de hacer audibles algunos enunciados del orden de la razón y las emociones. Indudablemente que los sentimientos y afectaciones que hacen a las experiencias vitales sean hoy día reconocidos como insumos de la historia es parte de una cruzada feminista que aun nos mantiene en movimiento.

Reflexiones finales

Mediante este escrito intenté dar cuenta de la potencia que guarda la recuperación de las historias de vida de las mujeres mayores para nutrir de sensibilidades, errores, alegrías, tristezas, deseos y otro montón de afectaciones a los archivos, en este caso particular de una profesión altamente feminizada como es el Trabajo Social.

La puesta en palabras mediante las entrevistas, pero también, la audibilidad que cobran estas experiencias favorece la interrupción de los modos normativos del quehacer histórico y de sus huellas documentales, llevando desde lo individual, privado y particular una conmoción hacia lo público y lo colectivo. En particular, para los archivos del Trabajo Social, el efecto que producen los

relatos de las mujeres mayores que vivieron de distinta manera la profesionalización (sea como profesionales o como internadas en los espacios de asistencia social y sanitaria) posibilita la presentación de un escenario donde se desarrollan las estrategias con que los sujetos se construyeron, el efecto que ciertos discursos han tenido sobre ellas y las negociaciones y resistencias sobre las que se articula la tensión entre ideologías de poder (como el género, la raza, la clase, la edad) y la historia personal (Arfuch, 2009). Es decir, que, mediante esta afectación, basada en experiencias, hacia los relatos guardados en los archivos se pretende también tensionar y revalorizar los sentidos feminizados de la profesión.

Las voces de las mujeres mayores guardan experiencias de cambios políticos, sociales y culturales sumamente ricos para iluminar la escena profesional y la historia de las mujeres de manera general. Así, este escrito acerca de la reflexión de mi labor de pesquisa no tiene solo la pretensión de dotar de manera capilar un conjunto de sentimientos y sensibilidades que hacen a los archivos de una profesión específica para con ello establecer una disputa política acerca de los modos en que se construyen las memorias, sino que también invita a asumir acciones para una escucha vinculante y empática entre generaciones.

Bibliografía

- Alexievich, S. (2015). *La guerra no tiene rostro de mujer*. Debate.
- Arfuch, L. (2004). *El espacio Biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Fondo de Cultura Económica.
- Arfuch, L. (2013). *Memoria y autobiografía. Exploraciones en los límites*. Fondo de Cultura Económica.
- Bach, A. (2010). *Las voces de la experiencia: el viraje de la filosofía feministas*. Biblos.
- Bourdieu, P. (1997). La ilusión biográfica. En: P. Bourdieu. *Razones Prácticas*. Sobre la teoría de la acción. Anagrama.
- Bourdieu, P. (1999). *La miseria del mundo*. Fondo de Cultura Económica.

- Cacopardo, A. (2017). Material de clase. El testimonio como práctica de memoria y resistencia. Seminario virtual de posgrado Memoria colectiva y prácticas de resistencia. CLACSO.
- Cárdenas-Soler, R. N., y Martínez-Chaparro, D. (2015). El Paisaje sonoro, una aproximación teórica desde la semiótica. *Revista Investigación, desarrollo, innovación*, 5(2), 129-140.
- Cvetkovich, A. (2018). *Un archivo de sentimientos. Trauma, sexualidad y culturas públicas lesbianas*. Edicions Bellaterra.
- Danel, P. (2015). Performatividad de la intervención del Trabajo Social en el campo gerontológico. En: P. Danel, J. Paola y M. Tordó. *Más mayores, más derechos*. EDULP. pp. 171-181.
- Danel, P. y Navarro, M. (2019). *La Gerontología será feminista*. Editorial la hendija.
- Dorlin, E. (2009). *Sexo, género y sexualidades. Introducción a la teoría feminista*. Nueva Visión.
- Favero Avico A. y Danel P. (2021). Intervenciones, cuerpos y escuchas en el Trabajo Social contemporáneo. En: S. Sande y Y. Capurro. (2021). *Trabajo Social contemporáneo en contextos de Pandemias: Nuevos desafíos a la intervención gerontológica*. UDELAR.
- Federici, S. y Cox, N. (1975). Contraatacando desde la cocina. En: S. Federici. (2013). *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y lucha feminista*. Traficantes de sueños.
- Foucault, M. (2008). *La arqueología del saber*. Siglo XXI.
- Gavrila, C. (2017). Para una arqueología del trabajo social. *Los trabajos y los días*, 5, 6: 132-139.
- Haraway, D. (1991). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Cátedra.
- Harding, S. (1993). *Ciencia y feminismo*. Ediciones Morata.
- Jelin E. (2014). Las múltiples temporalidades del testimonio: el pasado vivido y sus legados presentes, en Dossier temático Testimonio: debates y desafíos desde América Latina. *Revista Clepsidra*, 1: 140-163.
- Maffía, D. (2007). Epistemologías feministas: la subversión semiótica de las mujeres en la ciencia. *Revista Venezolana de estudios de la mujer*, 28 http://www.scielo.org/ve/scielo.php?pid=S1316-37012007000100005&script=sci_arttext
- Medina Doménech, R. (2012). Sentir la historia. Propuestas para una agenda de investigación feminista en la historia de las emociones. *Mujeres a la izquierda: culturas políticas y acción colectiva*, Estudios, (19) 1: 161-199
- Ramacciotti, K. y Valobra, A. (2011). Modernos esculapios: acción política e inserción profesional. En: J. Lizette y E. Scarzanella. (Eds.). *Género y Ciencia en América Latina: mujeres en la academia y en la clínica*. Editorial Iberoamericana. pp. 21- 53.
- Ramacciotti, K. y Valobra, A (2015). Feminización y profesionalización de la enfermería. En: C. Biernat y K. Ramacciotti. (Eds.). *Historia de la salud y la enfermedad. Bajo la lupa de las ciencias sociales* (pp. 287-313). Biblos.
- Rufer, M. (2012) El habla, la escucha y la escritura. Subalternidad y horizontalidad desde la crítica poscolonial. En: O. Kaltmeier y S. Corona Berkin. (Eds.). *En diálogo. Metodologías horizontales en las ciencias sociales*. Gedisa.
- Scott, J. (1993). La mujer trabajadora en el siglo XX. En: G. Duby y M. Perrot. *Historia de las mujeres. V. IX. El siglo XIX*. Taurus. pp. 427-461